

LIBROS

"Delta de Venus"

Anais Nin es una gran escritora que, al igual que otras mujeres como Virginia Woolf, o George Eliot, permanece más o menos desconocida para un público mayoritario. Son raros los casos que superan esa barrera invisible, el de Erica Yong es uno de ellos. Tan sólo se puede quedar uno apenado por esa situación en que se encuentran valores tan aprovechables y positivos, con los que tanto se disfruta, que se hallan marginados por los mismos motivos por los que la mujer se mantiene oprimida y explotada en la sociedad. Quiero decir que el silencio con que se rodea a la literatura de mujeres, silencio que es a veces desprecio, e incluso repulsa. Pero siempre, al menos, silencio, marginación.

"Delta de Venus" (1) es una colección de narraciones que surgieron de la necesidad de Anais por comer para vivir, y vivir. Se trataba de un encargo que había rechazado Miller y que trasladó a su amiga. Pero la escritora no podía limitarse a cumplir un encargo; no podía limitarse a marchitar el magnífico mundo de las sensaciones por la monotonía de escenas siempre iguales. Ella tenía que impedir suprimir la poesía de donde no puede faltar: en el sexo, en el amor. Y así logró el éxtasis que sólo el "pálpito al unísono del sexo y el corazón" puede crear.

No es la vida de Henry Miller lo que hallamos en estos cuentos; no es él, abandonado en sus obras a una vida que nos narra con minucioso detalle, ni son sus prostitutas, ni su preocupación constante por hacerle el amor a toda mujer con la que tropiece. Existe en Anais el amor más allá de la necesidad que acompaña el sexo. No se trata de un amor que ciña, sino de un sentimiento que amplía la satisfacción del encuentro físico. En definitiva, amor, sexo y vida vistos por una mujer.

La diferencia fundamental con Miller, y que ella misma advierte, es lo explícito de él y las ambigüedades de Anais. Aparte, es evidente, del esfuerzo que tuvo que llevar a cabo como mujer en ese mundo dominado exclusivamente por hombres y donde también la literatura erótica, o especialmente, era práctica-

(1) Anais Nin: Delta de Venus. Editorial Bruguera, 1978.

camente patrimonio del macho. ¿No lo sigue siendo?

Y qué bien que una mujer con la sensibilidad de Anais Nin escribiera relatos eróticos. Porque así el lector, si es hombre sobre todo, puede conocer la sensualidad femenina que tan distinta es de la masculina. Mientras, se asiste a la participación de ella en la exploración del lenguaje de los sentidos, aportando su peculiar visión.

No sólo nos descubre lo maravilloso que es penetrar en el mundo del sexo merced al arte encantador de su escritura. También se afirma el propio cuerpo de uno. También se advierte el placer de lo que no puede prohibirse. También se comprende que el objetivo último de todo tipo de progreso ha de ser la felicidad; y el cuerpo cobra entonces su verdadero motor para la satisfacción total de ser humano. Y, claro es, gozar con la mera lectura de esas historias a veces un tanto irreales, desmesuradas, pero siempre incitan-

tes, con esa carga de vida que provoca el ansia del goce.

Incluso el hacerle el amor a una bella mujer ahogada lo convierte Anais en una experiencia que se nos hace deseable. Quebrable.

Cada personaje es un tipo distinto de obsesión sexual, o simplemente se trata de determinado capricho carnal, de fijación exagerada sobre alguna parte en especial del cuerpo, o de perversión justificada y permisible. Toda una galería de aventuras sensuales y juegos amorosos caracterizados por la particular personalidad de la autora. Un feminismo siempre presente que no significa en absoluto ruptura con el macho, sino que, por el contrario, es un verdadero acercamiento a él desde un mismo plano de igualdad. Un feminismo femenino, que llama a la "preocupación fastidiosa por el detalle que convierte a toda mujer en una obra de arte". Sin que la obra de arte se convierta en frío manierismo ajeno a la cordiali-

dad y belleza que debiera mostrar cada mujer. Como persona.

Y, en fin, un libro que tiene el encanto de que se disfruta más allá de su final. ■ VICTOR CLAUDIN.

La pasión burguesa

No, la historia inmortal, la que puede oírse mil veces sin cansancio, no es la del marino, la de la sirenita, la de la botella mágica o la del niño raptado; esas son buenas historias, pero para nosotros los occidentales sólo hay una historia verdaderamente inmortal: aquella de un hombre que dijo lo que opinaba sobre las cosas, aunque le costara la vida. Un hombre libre llamado Jesucristo, y sus doce compinches. Es una historia que, aunque bastante popular, no todo el mundo conoce. Gran parte del desconocimiento debe

ADIOS A LAS LETRAS

¿Le gusta a usted Pla?



que me disgustan, porque si eso fuera así aumentaría considerablemente la nómina de los parados españoles.

Pla es un ocupado catalán. Por eso no se preocupa de los otros catalanes, los parados. Una mañana se levantó especialmente anticomunista y empujó a la revista "Destino" a ver fantasmas en su bosque de colaboradores. Carmen Alcalde fue la afectada. La prensa ha dado la noticia casi dentro de su espacio de curiosidades. Son curiosos los viejos. La tercera edad agranda las cosas. Ve comunistas donde hay escritores y ve contubernios judeomasónicos en las faldas de las chicas que le van a ver en la plaza de Oriente. Aparte de butifarras, barretinas y sábanas de Olot, lo que Josep Pla ve es aquello que no ve.

La afectada por la agudeza de la visión equivocada de Josep Pla fue Carmen Alcalde, desposeída de su título de colaboradora de "Destino" por el simple hecho de haber sido, alguna vez, miembro de un Partido Comunista. ¿De qué podría acusar Carmen Alcalde a Josep Pla para dejar sin trabajo al escritor catalán? Para denunciar hace falta ser de un talante, de una ideología determinada. Hay gentes que pasarán por su vida sin denunciar nada ni a nadie porque han aprendido en

su carne lo que vale la tolerancia russelliana.

Pla vivió una época de intolerancia de la que se siente nostálgico y quiere prolongarla hasta estos días, expulsando a comunistas de su entorno, levantando la mano abierta para impedir que las moscas revoloteen, libres, a su alrededor.

¿Qué más les dará? ¿No tienen suficiente con el espacio de admiración que les concede cada día la guía telefónica de la televisión? Inician la purga a destiempo, como quien no quiere la cosa. Les sacan los colores a los que los usaron como bandera de la progresia y hablaba de ellos como de los grandes peques del liberalismo patrio. Aquellos, oh Fabio, son éstos que ahora señalan con el dedo dónde está el pecado, la ideología, y dicen cuál ha de ser la penitencia: deje usted de escribir, que me ensucia el plato.

Ahora habrá que abrocharse los cinturones, porque se corre el riesgo de que nos estén observando los supernumerarios del reino, los que tienen la vara presta, el gesto decidido y los ojos agrandados por la vejez y la intolerancia. Josep Pla ha dado el aviso: la tercera edad es el rayo que no cesa, un silencio equívoco que en cualquier instante puede despertar de su ceniza e incrementar la tasa de desempleo. Izquierdosos, abstenerse de escribir. El paisaje es mucho más puro si se tapiza con las obras completas de Pla, aunque a usted no le guste Pla.

A Josep Pla no le gusta la escritura comunista. A mí no me gusta la escritura de Pla. Si Kant le hubiera aconsejado al escritor catalán, Pla hubiera dejado tranquila a Carmen Alcalde. Pero a veces da la impresión de que a Pla únicamente le asesora Franco. ■ SILVESTRE CODAC.

achacarse al magisterio católico, cuyo descarado afán monopolista ha pervertido el relato hasta convertirlo en una instancia con póliza. Y otra buena parte de la responsabilidad la tienen los modernos (comenzando por Voltaire), tan estúpidos como para dejarse arrebatar por la derecha una historia que es de todo el mundo, como la mar.

Y puesto que se trata de una historia que es de todo el mundo, Anthony Burgess la ha vuelto a contar sin pedirle permiso a nadie (1). ¡Muy bien hecho! Pero tengan ustedes la seguridad de que pronto saldrá algún codicioso reclamando derechos de propiedad. Por ejemplo, dirán que es blasfemo, hereje o hermafrodita, porque los propietarios de Jesucristo transitan por todos los epitetos tan ufanos. Se rasgarán las vestiduras (o procurarán rasgárselas al editor) porque el Mesías aparece como un viudo robusto y vociferante. Pedirán audiencia al Nuncio para llorar porque Burgess sustituye la lanza del costado por una cochinada. Los más relamidos dirán que es "una mala novela".

La verdad es que yo no sé si es buena o mala. Reconozco que a mí esta historia me gusta tanto, que me la podría contar cualquiera. Vaya, cualquiera no. Por ejemplo, no me gusta cómo la cuentan los profesionales de la religión, porque sale un Nazareno con las pestañas demasiado largas y hablando como un locutor. Tampoco me gusta cómo la cuentan los cristólogos con estudios: hasta el pobre Pasolini dio una versión de diputado. Pero Burgess no es ni un profesional ni un parlamentario. Al tipo le gusta la historia y la cuenta, a sabiendas de que casi nadie digno de confianza se lleva los evangelios en un viaje a Ibiza.

Después de ver *La Biblia de Huston*, Groucho Marx comentó que le había gustado más el libro. A mí me pasa lo mismo; entre Burgess y San Mateo, me quedo con el segundo porque es un relato de primera mano, escrito por un reportero de mucho talento. Burgess nunca podrá cubrir la distancia que le separa de la verdad. Puede, eso sí, hablar de cosas que a San Mateo le parecieron prescindibles (los esenios, la conversión de Salomé, el alcoholismo de Lázaro...), pero con eso no se sustituye la experiencia directa. Ahora bien, Burgess cuenta la historia sin ánimo de hacerse el gracioso. No es de esos que hacen a Jesucristo hijo natural de Herodes, o que dicen que el verdadero Jesucristo era

Judas. Al contrario. Burgess sabe que hoy en día el Evangelio no lo lee ni Dios, y que hasta con repetirlo más o menos como hace dos mil años para que los lectores se queden perláticos.

Yo hice la prueba. Con disimulo farisáico, conté la historia ante dos alumnas de primero, interpolando alguna variación. Por ejemplo, dije que a Jesucristo lo crucificaron entre dos ladrones, y uno de ellos se llamaba Barrabás; y también dije que Juan, el discípulo predilecto, acabó decapitado por Herodes. Tragaron. Inmediatamente les regalé el libro de Burgess, porque regalar el Nacar-Colunga queda un poco arzobispal.

Nadie se llame a engaño. Yo no digo que sea una buena novela. Sólo digo que es una manera suave de hacer leer el Evangelio a cualquier variante de la modernidad. Y que sólo por eso ya merece la pena. Que Burgess haya cargado las tintas en los puntos más libertarios, que se conceda facilidades, que haga trampas... y así los sé, pero no me importa. Es como discutirle el clavo en las palmas, cuando todos sabemos que fue en las muñecas. Lo importante es que decida recordarnos con tanta frescura la historia inmortal, la que uno ya ha oído mil veces, y que de nuevo vuelva ese cosquilleo en la espalda cuando el mocetón de Nazareth, ante el cadáver de la niña, grita: ¡levántate y anda! Brrrrr... ■ FELIX DE AZUA.

La información documental

Nuestro siglo —el de la revolución científico-técnica— es también el del intercambio generalizado de información. El volumen de los datos referentes a nuevos descubrimientos crece de forma espectacular. La literatura científica en las principales lenguas del mundo —inglés, para el área occidental, y ruso, en el Este— se multiplica velozmente. Y ante la imposibilidad para los investigadores de leerlo todo, hay que recurrir a "abstracts" y resúmenes que se difunden a través de redes automatizadas, a las que tiene fácil acceso, al menos en los países más desarrollados, la comunidad científica. Aunque, dicho sea de paso, sería interesante analizar, a la vista de la relación entre control de la información y poder, qué "gate-keepers" actúan y con qué criterios filtran la información que circula por esas redes.

Dentro de este movimiento general, la documentación como



Georges Soria entrevista a Dolores Ibarruri.

Georges Soria, entre Alberti y Ruiz-Giménez

Comenzó con Alberti y terminó con León Felipe. En medio, arropada por ambos poetas civiles —el primero, presente en carne y hueso; el segundo, sólo en el recuerdo de don Joaquín Ruiz-Giménez—, la historia de una guerra también civil, la del '36 al '39, pacientemente reconstruida en sus antecedentes y complejo desarrollo por

un francés de mesetario apellido: Georges Soria.

Soria acaba de publicar aquí su *Historia y Revolución en España, 1936-39*. Alberti y Ruiz-Giménez, con el editor Juan Grijalbo como maestro de ceremonias, eran los encargados, junto al propio autor, de presentar en Madrid los cinco volúmenes de que se compone la obra.

Cuando Alberti evoca —como lo hizo el otro día— el estallido jubiloso e incruento de la República de aquel 14 de abril que a él le cogió en su Cádiz marinera, o cuando rememora la gesta del pueblo de Madrid, "capital de la gloria", que, tras veintiocho meses de resistencia, "no fue vencida, sino entregada al adversario", cuando Rafael revive en voz alta aquellos años trágicos y, sin embargo, luminosos, en la sala se oye vibrar hasta el aire. Tiene Alberti una importante razón para estar aquí junto a Georges Soria: ambos se conocieron en Ibiza cuando Alberti era secretario de la Alianza de Escritores Antifascistas, y Soria, un jovencísimo corresponsal de guerra para una cadena de periódicos parisina.

Georges Soria es —ya lo hemos dicho— un historiador. Un historiador que, él mismo así lo reconoció el otro día con palabra nerudiana, lleva a España en el corazón. Tras rechazar varios ofrecimientos editoriales, nada más finalizar la guerra, para que relatase sus experiencias en nuestro conflicto, sólo al cabo de los años decidió Soria escribir su obra. Había que terminar sobre todo con una leyenda negra que culpaba al bando republicano de todos los crímenes. Su tarea consistiría en demostrar documentalmente que la responsabilidad de aquella guerra fratricida recaía en un grupo de generales alentados por grupos económicos y fuerzas de la reacción. La República no había hecho sino defenderse legítimamente de aquella brutal agresión interior, que iba a tener muy pronto sus prolongaciones en el exterior.

¿Cómo interpretar la presencia entre aquellos hombres —Alberti, Soria— de don Joaquín Ruiz-Giménez? El era el único que había militado en el otro bando. Por eso, él mismo quiso dar a su presencia valor de símbolo. En el libro de Georges Soria había mucho de dolorosa verdad. Sin embargo, también había allí cosas de las que él discrepaba. ¿Tenta sentido, pese a todo, publicar un libro que sin duda hurgaba en todas las pasadas heridas en un momento en que en este país se estaba buscando la reconciliación? Naturalmente que sí. Una reconciliación que pasase por el olvido puro y simple no pasaría de ser un fraude. Hoy, sin embargo, los cristianos no eran ya como los de los años treinta. Ahí estaba para demostrarlo la entrevista, incluida en el libro de Soria, con monseñor Palenzuela. Y junto a ella, para probar que los comunistas tampoco eran ya los mismos, la conversación con Dolores Ibarruri.

Pero el libro de Soria contenía también notables injusticias. Por ejemplo, a Julián Besteiro no podía presentarse como entreguista. El, Ruiz-Giménez, había sido alumno suyo, y le sabía incapaz de traicionar a nadie, como lo había demostrado quedándose aquí cuando hubiera podido huir tranquilamente.

Al final, don Joaquín, cuello blanco, impoluto, y tez siempre curtida por el sol, citaría a León Felipe, acaso como homenaje en su aniversario: "En España no hay bandos, no hay más que un hacha amarilla que ha afilado el rencor". Enterremos el hacha amarilla del rencor, apostrofé el que fuera ministro de Educación con Franco. ■ JOAQUÍN RABAGO.

(1) A. Burgess, *Jesucristo y el juego del amor*. Edhasa, 1978.